

El Eco de Cartagena.

ANO XXX.—NUM. 8468

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 58

PRECIOS DE SUSCRICIONES.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id. Provincias, tres meses, 7:50 id.—Extranjero, tres meses, 11:25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Jueves 30 de Enero de 1890

EL MUSEO DE GAYARRE.

A poco de espirar el insigne artista, cuando su cadáver era conducido a la cristiana sepultura que lo esperaba en su querido valle del Roncal, se propuso un medio de honrar su memoria, que contribuyese al mismo tiempo a mantener vivo el recuerdo del gran tenor y a dar acerca de él la idea más aproximada posible a los que no han gozado de la dicha de oírle.

Este medio era la creación de un Museo Gayarre que guardase los recuerdos de aquél cuya muerte ha sido una pérdida para la patria y para el arte.

La idea no fue mal acogida por la prensa. *La Época*, *La Iberia*, *El Parlamento* y otros apreciables colegas de Madrid y de provincias copiaron las breves líneas en que se emitía la idea y la sancionaron con su aprobación.

Sucesos de más actualidad vinieron después, obligando a la opinión a fijarse en ellos; pero hoy que han pasado vuelve a colocar sobre el tapete la cuestión, una carta, preciosa como suya, que Mariano Cavia me envía por *El Liberal*.

La carta es pesimista; el ingenioso escritor, que fue uno de los admiradores más entusiasmados y uno de los amigos más cariñosos de Gayarre, siente profunda melancolía y escribe al ver cómo han caído en el olvido algunos proyectos que se concibieron ante el cadáver de Gayarre.

«Se dijo que iba a darse en el teatro de la Comedia una función en honor de Julián Gayarre, y todavía estamos esperando.»

«Se dijo que iba a cantarse en el teatro Real con el propio objeto la *Misa de Requiem* de Verdi, y no se ha vuelto a hablar del asunto.»

«Se dijo que iba a abrirse una suscripción, iniciada por los abonados de la Opera, para perpetuar la memoria del malogrado artista, colocando al efecto un busto y una lápida en la fachada de la casa en que murió, y tampoco se ha vuelto a hablar de semejante cosa.»

«Si después de esa elocuente confirmación de la característica apatía española, cuando no del retrán *A muertos y a vivos no hay amigos*, persistes en creer realizable la fundación del «Museo Gayarre» por suscripción nacional, házme decirte, a estilo de los barrios bajos:

«—¡Que te se quite eso de la cabeza!

«Si, querido Kasabal, que te se quite; porque si la Magdalena, harta arruinada, la pobre y melancólica, está para tan delicados telaranes, ni se la puede exigir que, a fin de honrar a un tenor a quien ya no oye ni volverá a oír, haga esfuerzos que no aciertó a hacer en momentos críticos para la patria, y que ahora realizan (*mossa Hespanha levou pancada forte!*) nuestros vecinos de «calle de el Tajo» según llamaba ayer a los portugueses un periódico tan amigo de Sagasta como enemigo de la geografía peninsular.

«¿Cuánto croes que darían para la suscripción que propones, aquellas masas que el día del entierro de Julián, entre toberli-

nos de nieve y bajo el azote de una epidemia, gritaron *viva Gayarre* por no encontrar modo menos brutal, pero más estudiado de manifestar su dolor ante aquella inesperada y gran pérdida?

«No he de hacer juicios temerarios; pero ten por cierto que aquél a quien le sobren tres duros (precio de una butaca en el despacho) ó solamente seis reales (importe de un asiento de paraíso,) preferirán gastarlos en escuchar a la Paccini, nueva estrella que se levanta en el horizonte musical. *Dura lex sed lex.*»

Hay mucho de verdad en lo que dices, mi querido Mariano; aquí se olvida pronto y este es uno de nuestros mayores males, pues se pierde, con el culto a los grandes hombres, el ejemplo constante que pudo ofrecer su gloriosa vida, y el brillo que debe dar a la nación su nombre siempre repetido.

¡Qué hermoso espectáculo el que Francia ofrece de algunos años a esta parte con sus frecuentes inauguraciones de estatuas y hasta de personajes célebres!

No hay ciudad, villa ni aldea, que se honre, habiendo servido de cuna a un hombre eminente, que no se apresure a erigir en su honor un monumento. Los reaccionarios tratan de ridiculizar lo que llaman la manía de la estatua; pero es lo cierto que no lo consiguen y todos los años durante las vacaciones del verano, se celebran en los departamentos solemnes ceremonias que contribuyen a perpetuar el nombre de los que honraron a su patria.

¡Y pensar que aquí se hubieran perdido las rimas y los artículos y leyendas de Bécquer, si la cariñosa solicitud y el incansable entusiasmo de Ramon Rodríguez Correa no las hubiera sacado de las columnas de *El Contemporáneo* y de los cajones donde estaban olvidadas!

«Selgas el cantor de la Naturaleza», no tiene una señal, en la que se alza su busto entre las flores que arrancaron tan inspirados acentos a su lira.

En los cementerios generales yacen perdidos entre los de los muertos vulgares, los restos de Lara, de Espronceda, de Roberto Robert, de Luis Ribera y de tantos otros que merecían más honrosa sepultura.

Es preciso emprender ruda campaña contra esta plaga del olvido; los que como tú, mi querido Cavia, tenéis una pluma tan brillante, podéis hacer mucho, y los que como yo disponemos de algunos medios de publicidad, podemos ayudar algo.

En lo que se refiere al Museo Gayarre, tienes razón al decir que los herederos de los doce millones del gran artista son los que pueden hacer más; pues a ellos pertenecen además de los millones, los trajes, las armas, las alhajas, los papeles, todo lo que había de constituir la base del Museo.

«Pero no son ellos los principales interesados en honrar la memoria del que los ha hecho ricos y fés ha ilustrado el nombre?»

La prensa toda de Navarra acogió con gran entusiasmo la idea, y en esta Redacción se han recibido cartas que revelan

que hay muchos que han simpatizado con la idea.

Insistimos, pues, en vez de disistir, mi querido Mariano, y si podemos conseguir algo, qué grande será nuestra satisfacción cuando delante de una estatua de Gayarre podamos decir:

—¿Te acuerdas? ¡Cómo cantó *Lohengrin* la última vez que se la oímos! ¡Qué melancolía había en su voz la última noche que cantó la romanza del epilogo de *Mephistófeles*!

Lamentemos, pues, juntos la *cruda legge*; pero perseveremos en nuestro propósito.

Por haberle iniciado ya he tenido una buena recompensa, tu carta.

KASABAL.

(El Resumen)

Variedades.

Solución a la charada inserta en el número anterior.

CONTADOR

Charada

Mira la **todo** ¿no ves?
aquí una imagen de Dios,
y al lado mi **prima dos**,
tan bella cuan **prima tres**.

G. S. J.

La solución en el número próximo.

LA BARBA

Pocas cosas serían más curiosas que una historia anecdótica de la barba, ese apéndice del semblante masculino, cuyo origen es difícil de determinar.

Los salvajes americanos arrancan la barba cuidadosamente tan pronto como empieza a aparecer.

Los negros tienen la barba rasa y cubierta de vello corto y ensortijado como sus cabellos.

Los groelandeses, los samoideses y todos los habitantes de los polos, solo tienen alguno que otro pelo en su barba, como si una vida feliz y un alimento abundante fuesen condiciones necesarias para probarla.

Los antiguos egipcios, como demuestran las medallas y bajos relieves de su tiempo, conservaban algunos pelos al extremo de la barba; los hebreos la dejaban crecer, pero afeitaban el bigote; y aun en el día se advierte en varios puntos de Europa, dejan crecer una especie de carrillera de oreja a oreja.

Cuenta Strabon que cierta casta de la India conceptúa a la barba larga como emblema de la sabiduría.

Los antiguos asirios y los persas la apreciaban hasta tal punto que por mucho tiempo estuvo puesto en práctica en aquellos países orientales el que sus soberanos se trenzasen la barba con hilo de oro; y algunos historiadores pretenden que este mismo uso estaba en vigor entre los primeros reyes francos.

Los chinos aprecian infinito a la barba larga, lo que entre ellos es de mucha belleza; por desgracia la naturaleza no se las ha concedido, y en esto tienen mucha envidia a los europeos, y no conciben por que no se la dejan crecer.

Los tártaros han sostenido una dilatada guerra de religión con los persas, acusándolos de infieles porque recortaban su barba al estilo de los turcos.

Un árabe forma un dogma de religión en

no arrancar nunca un pelo de su barba, porque Mahoma jamás cortó la suya.

Los turcos excelen a los árabes, porque entre ellos el cuidado de la barba es casi considerado como un culto, cuando la peina extienden una toalla sobre sus rodillas, recogen todos los pelos que caen y los colocan devotamente sobre los sepulcros de sus padres.

Esta deferencia hacia la barba se encuentra asimismo entre las costumbres de los antiguos tiempos de la Grecia y de Roma.

Homero habla con énfasis de las hermosas barbas blancas de Nestor y del rey Príamo.

Virgilio cita la de Mecencio, que era bastante larga y poblada para cubrir su pecho.

Plinio el joven hace mención de la barba de un filósofo de Siria, barba tan hermosa que inspiraba al pueblo una especie de respeto religioso.

Y Plutarco refiere que un anciano a quien preguntaron por qué ponía tanto esmero en el cuidado de su barba, contestó:

«Es a fin de que teniendo siempre a la vista no ejecute yo cosa alguna que pueda empañar el brillo de su blancura.»

Los griegos usaron la barba crecida hasta el tiempo de Alejandro, y Plutarco, a quien acabamos de citar, dice que habiéndose presentado Palmenio ante el conquistador un día de batalla a preguntarle si tenía que comunicar algunas órdenes, «Ningunas, contestó: solo si que los soldados se corten la barba.»

«Que se corten la barba!» exclamó asombrado el general.—Sin duda, replicó el rey de Macedonia: «¿no ves que una barba crecida ofrece un medio de asirse el enemigo?»

Los romanos conservaron por mucho tiempo la costumbre de dejar crecer los cabellos y la barba.

Entre los pueblos de la Europa moderna, la moda de usar la barba ha variado, como todas las demás modas.

Nuestros antepasados generalmente la apreciaban sobremanera, y aun hubo tiempos en que se respetaba como un distintivo de nobleza.

Bien sabido es que los Merovingios, primera dinastía de los reyes de Francia, consideraban los cabellos largos y la barba crecida como un emblema privativo de la dignidad real.

Los antiguos britones solo usaban bigote, pero los anglo-sajones llevaban crecida la barba y en esto les imitaron los ingleses, hasta que Guillermo el Conquistador proscribió esta costumbre; y se lee en las crónicas antiguas que muchos ciudadanos prefirieron expatriarse más bien que obedecer una orden semejante.

Apreciaron más su barba que su patria, porque esto a su entender, era preferir el honor a la vergüenza.

En cuanto a los rusos, nadie ignora las dificultades que Pedro el Grande hubo de experimentar para obligarles a cortarse las barbas, y cuantas personas aun de las clases necesitadas se resignaron a pagar, las penas ó sufrir los castigos primero que prestarse sin dificultad a aquel sacrificio.

Entonces se vio a varias gentes del pueblo ignorantes y supersticiosos cortar sus barbas y conservarlas cuidadosamente, mandando que las enterraran con su cadáver, a fin de presentarlas en el día del juicio a San Nicolás su patrono.

En el siglo X se consideraban las barbas como un grande honor: el rey Roberto adversario de Carlos el Simple, adquirió menos fama por sus hazñas que por su crecida barba blanca que dejaba caer por fuera de su